

y escondèys luego de mi prefencia, que con esta filla os rompa, y abra la cabeça. Hidepùta, vellàco, pintor del mismo demonio, y à estas horas te vienes à pedirme seyscientos ducados! Y donde los tengo yo, hediòndo? Y porque te los avia de dàr, aunque los tuvièra, focarròn, y mentecàto? Y que se me dà à mi de Miguel turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Và de mi, digo; fino, por vida del Duque mi Señor, que haga lo que tengo dicho. Tu no debes de fer de Miguel Turra, fino algun focarròn, que para tentàrme, te hà embiàdo aquí el infierno. Dime, desalmàdo: Aun no ha dia y medio que tengo el Gobierno, y yà quières que tenga seyscientos ducados? Hizo de señas el Maestresala al labrador, que se salièsse de la sala, el qual lo hizo cabizbàxo, y al parecèr temeròso de que el Governador no executàsse su còlera; que el vellacòn supo hazèr muy bien su oficio. Pero dexèmos con su còlera à Sancho, y àndese la paz en el corro, y bolvàmòs à Don Quixote, que le dexàmòs vendàdo el rostro, y curàdo de las gatescas heridas, de las quales no sanò en ocho dias; en uno de los quales le sucediò lo que Cide Hamete promète de contàr con la puntualidad, y verdàd, que suèle contàr las cosas desta història, por minimas que sèan.